D. JUAN DE AUSTRIA

ó la batalla de Lepanto.

Irá à esta guerra un mozo que escondido
Anda en humildes paños y figura,
Que su imperial linaje esclarecido
Dificiles empresas le asegura. *(Ercilla).*

I

Cárlos I de España hizo un dia llamar secretamente á uno de los principales señores de su corte, y le habló en estos términos:

„D. Luis Quijada, tú has sido siempre para mí un fiel amigo mas bien que un vasallo: despues de haberte colmado de mis favores te he nombrado mayordomo de Palacio solo por tenerte junto á mi persona. Si ahora yo reclamase de tí un favor superior á los que rinde todo cortesano, si te pidiera una prueba señalada de lealtad y agradecimiento, ¿podria contar contigo?"—D. Luis se precipitó á los pies del emperador, y con lágrimas en los ojos le contestó:—„Señor, la muerte no me seria tan sensible como una duda semejante de parte vos. ¿En qué os he ofendido para que asi ultrajeis á un antiguo vasallo á quien amabais?—„Está bien, continuó Cárlos estrechándole afectuosamente la mano; mañana te será entregado un niño que cuenta solo algunos meses. Es un depósito precioso este que yo te confio, porque....: es mi hijo.

Su nacimiento debe ser un misterio para todos, y aun para tí mismo. Edúcale en la ignorancia de su estirpe, y en la incertidumbre de su porvenir, sin que nadie sepa quien te le ha confiado. Trátale como á hijo tuyo, y ámale como si efectivamente lo fuese, porque mas adelante le hará falta un protector, un amigo que vele por él y aparte los peligros que amenacen sus dias. Yo espero que tú serás este amigo."

La voluntad del emperador era tan sagrada para D. Luis que se retiró con su niño al castillo de Villagarcía, cerca de Valladolid, para dedicarse exclusivamente á su educacion. Alli, ayudado de su esposa, le infundia los mas nobles sentimientos, le adiestraba en los ejercicios propios de un ilustre jóven, preparándole á soportar con ánimo sereno, tanto la suma prosperidad, como la ínfima desdicha.

Por lo que hace al jóven, ya se distinguia entre los de su edad. Parecido á su padre en su gallarda presencia y bizarría, era tan impetuoso y ardiente en sus designios, como si supiera que era hijo suyo. Escuchaba riendo las exhortaciones de los que le inclinaban al sacerdocio, y el mismo D. Luis Quijada hacia vanos esfuerzos para sofocar sus pretensiones ambiciosas. El jóven no soñaba mas que en combates, le estrechaban los muros de Villagarcía, y necesitaba un campo dilatado, en que respirase á su gusto entre el ruido de las armas, el sonido de las trompetas y el estruendo de una batalla.

Los deseos de su juventud se realizaban al fin. Este niño era D. JUAN DE AUSTRIA, nacido secretamente en Ratisbona, de Cárlos I y la ilustre alemana Blomberg. D. Juan de Austria, que marchaba ya contra los moros de las Alpujarras, que acaudillados por Aben-Humeya habian batido á algunos de los generales de Felipe II, reconquistó en pocos dias todas las plazas de que se habian apoderado los moriscos rebeldes, y les dió el golpe mortal en las mismas llanuras de Munda, donde César habia destruido siglos antes los restos del ejército de Pompeyo.

Rodrigo estaba vengado al fin, y los vencedores de Guadalete habian sido abatidos para siempre.

II.

El sendero de la gloria estaba ya al descubierto para el jóven príncipe, que marchó por él á paso de gigante. La Europa, amenazada por las incursiones sucesivas de los emperadores turcos, é indignada de la toma reciente de Chipre por Selim, meditaba una nueva cruzada contra el poder otomano. El vencedor de Munda, que apenas contaba veinte y cinco años, fué unánimemente elegido generalísimo de las fuerzas navales de España, Roma y Venecia. En el golfo de Lepanto fué donde las dos armadas se encontraron el 7 de Octubre de 1571. De un lado Doria, Barbarigo, Venerio, Colona, el duque de Urbino, Alejandro Farnesio, Requesens, Santa Cruz, con toda la nobleza de España, Italia y Alemania, á las órdenes de D. Juan, gefe de la expedicion: del opuesto bando los almirantes del emperador Selim, Alí Pestan, los subalternos Uchali, Hassan, Sirocco, Mahometo... armadas maniobraron una á vista de otra hasta que los dos almirantes se abordaron y rompieron la pelea. Nunca tantos intereses habian pendido de la suerte de una batalla, y sin embargo se daba en Actium, donde Antonio y Octavio habian jugado siglos antes el imperio del Mundo. Los castellanos abriendo ancho portillo en la capitana enemiga, saltaron tres veces al abordaje, y tres veces fueron rechazados. Peleaban los paganos no por la victoria, sino por ganar el paraiso que el Coran promete á los fieles creyentes; pero se trataba en aquel dia del triunfo del Cristo ó del de Mahoma. D. Juan invocó el Dios de los Alfonsos y Recaredos, y se lanzó en lo mas arriesgado del combate. A la cabeza de los suyos, revestido de su fuerte armadura, y manejando con destreza su terrible espada, iba sembrando al rededor de sí los cadáveres de los que osaban resistirle. Allí, notando el desaliento de los suyos, y viendo entrada su nave, se arroja en la primera fila con valor desesperado. Entonces el jóven de Austria se le ofrece, cual si fuese el angel esterminador, y se atreve á desafiarle haciendo brillar su acero damasquino. La espada de D. Juan, encontrando á la cimitarra del musulman, la hizo saltar cual si fuera de vidrio, y al segundo golpe se vió á Alí revolcarse en su sangre sobre la cubierta, murmurando estas palabras antes de espirar:—„No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta."

La sangrienta cabeza de Alí, fué colgada de los palos de las gabias, abatida la media luna y enarbolado el estandarte de la Cruz. Toda la tripulacion fué pasada á cuchillo; los caballeros de Malta reconquistan su galera capitana que habian apresado los enemigos: los cautivos cristianos rompen sus esposas y atacan á sus tiranos, para vengar en su sangre sus enconados ultrajes. Los galeotes que iban al remo en nuestras naves, con la esperanza de alcanzar libertad, acometen á los turcos con furor irresistible. Los gritos de „victoria" resuenan por todas partes: victoria brillante en la que veinte y cinco mil turcos muertos, diez mil prisioneros, veinte mil cautivos rescatados, ciento treinta naves apresadas y otras tantas echadas á pique, enseñaron á los turcos que ya no les seria dado invadir la Europa, y que el Todopoderoso al dejarlos apoderarse de Constantinopla, habia dicho á la media luna „No pasarás de aqui."

III.

El aplauso del triunfo acompañaba á D. Juan por todas partes. Su nombre era pronunciado con júbilo en los templos, en los palacios y en los campos de batalla. Todos reconocian en él la régia estirpe de que procedia, y el mismo anciano Pontífice entusiasmado con la noticia de tan gloriosa victoria, aplicó á D. Juan aquellas palabras del Evangelio; *fuit homo missus á Deo cui nomen erant Joannie.* Hasta el Rey Felipe II su hermano pareció poseido de este sentimiento universal. Recibió á D. Juan ante toda su corte; sus felicitaciones parecian sinceras; pero encubrian la desconfianza y el recelo. El engrandecimiento de D. Juan hacia sombra á Felipe cuyo carácter sospechoso le hacia recelar hasta de su hermano. Este por su parte tampoco se encontraba á gusto junto al Rey; asi es que permaneció poco tiempo en España: estaba ademas ansioso de gloria; habia llegado ya la copa á sus labios, y queria apurarla hasta la última gota. Corrió donde habia peligros que arrostrar y enemigos que vencer. Atravesó la Francia disfrazado para ir á reemplazar en Flandes al duque de Alba, prometiéndose seguir con los flamencos un sistema diverso del de su antecesor. Al llegar al Luxemburgo se preparó á combatir con un digno rival suyo, el príncipe de Orange. No le abandonó la fortuna en esta expedicion, consiguió importantes victorias, y hubiera terminado la lucha si de España le hubieran enviado los socorros oportunos. Mas Felipe observaba todas sus acciones, y jamás le confirió mando en un ejército capaz de ayudarle á realizar sus miras.

D. Juan de Austria sentia mucho esta negligencia del Rey en enviarle socorros, y no podia llevar con paciencia la inaccion en que se hallaba. Finalmente, resolvió dar un golpe decisivo á los rebeldes, ayudado de Alejandro Farnesio, el amigo de su juventud y su compañero en Lepanto. Era preciso que la corte de Madrid aprobase su plan y le facilitase los medios. Para conseguirlo envió á su favorito y confidente el secretario Escovedo. Este se presentó en Palacio, mas nunca logró ver al Rey. Al notar la indiferencia con que era recibido y el desden de los palaciegos, comprendió la desgra-